

Amedeo Cencini
El árbol de la vida
Hacia un modelo de formación inicial y permanente

Introducción

Este libro es continuación de *La formación permanente*

1

. En él se anunciaba, aunque tal vez con un sesgo ligeramente distinto del que posteriormente ha tomado. De hecho, en un primer proyecto, tenía que presentar los contenidos ofrecidos en un proyecto sistemático diferenciado de formación permanente del presbítero o del consagrado, según las distintas edades de la vida y situaciones pastorales. Pero, recorriendo el camino, la reflexión sobre el argumento, con los primeros intentos de redacción del texto, unida a la experiencia en el tema, a través de contactos con diversos grupos de sacerdotes y religiosos/as en Italia y en el extranjero, me ha guiado de otra manera, hacia la profundización de una cuestión que me ha parecido más sustancial y básica: intentar

definir el modelo formativo en torno al cual se pueda construir un proyecto de formación permanente

.Y así nació este libro. Por otra parte, cuando se escribe y se acepta esta laboriosa ascesis (al menos alguien como yo, que no es escritor por naturaleza, sino solamente por la necesidad de transmitir un mensaje), sabe bien que no se puede proceder en todo y para todo como había pretendido al principio. Escribir abre horizontes nuevos y perspectivas impensadas, hace descubrir la pobreza o superficialidad del proyecto inicial o del propio pensamiento en general. Y es muy cierto que escribir es la forma más elevada de pensar, representa su modalidad más evolucionada. Tal vez precisamente por ello escribir sea una ascesis, porque impide endurecerse en posiciones previas, u obliga a dejarse llevar por la pluma o el símbolo gráfico tecleado en la pantalla del ordenador. Casi como un acto de abandono y sin saber bien dónde se arribará. Por eso este libro ha tomado forma y contenido distintos de los previstos. Pero siempre, claro está, en interés de la verdad que todos tenemos el deber de buscar y que el lector tiene también el derecho a encontrar, al menos con intensidad, seriedad y sinceridad, en el libro que lee.

1. Formación inicial y permanente

Una cuestión fundamental y decisiva en el discurso sobre la formación permanente es sin duda la relativa al modelo formativo, según el cual la persona ha recibido la primera formación. Si es verdad que el deber de la primera formación es exactamente convertir a la persona en no sólo dócil, sino *docible*, disponible en inteligencia y obras a dejarse formar *toda la vida desde la vida*, es decir, en toda circunstancia, a cualquier edad, en cualquier contexto existencial (comunidad religiosa o parroquial o familiar), en la buena y mala suerte y por cualquier persona (instruida o menos instruida, santa o pecadora, amiga o enemiga...), el modelo formativo con el que la persona se ha educado y formado resulta decisivo. Por tres motivos.

1

A. CENCINI, *La formación permanente*, San Pablo, Madrid 2003.

2

El árbol de la vida Amedeo Cencini

En primer lugar, porque ya teóricamente no todo modelo formativo «prepara» o dispone de la misma manera para la formación permanente; pueden existir incluso modelos o programas formativos que parecen dejar poco espacio y pocas razones a la formación permanente, o que parecen implícitamente limitar la posibilidad de intervenir eficazmente en la persona sólo en el período de la primera formación, la considerada «institucional». Luego, porque no todo itinerario formativo de hecho logra hacer *docibles*

al sujeto, es decir, disponible, en el sentido antes mencionado, hacia una formación que continuará toda la vida, y libre para abrirse en un giro de trescientos sesenta grados hacia toda realidad de su alrededor que pueda directa o indirectamente tener una influencia educativo-formativa en él. No todo modelo formativo apunta a este objetivo final ni parece concebido estructurado para crear en el sujeto este tipo de disponibilidad inteligente y emprendedora; hay todavía muchos que piensan que la formación sólo se puede dar indeterminados lugares, en determinadas condiciones, gracias a la presencia de personas cualificadas, exclusivamente en contextos pensados para ello y por eso «purificados», como un producto bien envuelto por fuera, y no en todas partes, con cualquiera y para siempre, hasta el día de la muerte, y en virtud, fundamentalmente, de una receptividad interior. No todo modelo formativo se plantea explícitamente el objetivo de educar para esta receptividad. Tercer motivo: el modelo adoptado a comienzos del camino, aunque no necesariamente mediante una decisión explícita y declarada, *tiende normalmente a persistir en el tiempo*

; es como si fuera algo que «se implanta» profundamente en el sujeto y se pone en marcha por él mismo, como filtro interpretativo de la realidad o esquema bastante fijo de acción. También en los casos en que, por varios motivos, el sujeto parece rechazar el estilo educativo recibido (o la persona que propuso y encarnó ese estilo), e incluso cuando el modelo educativo no ha sido bien definido ni el propio individuo sabría darle un nombre o reconocer sus componentes y consecuencias. También entonces un modo concreto de salir al encuentro de la vida o de entender la fe o de vivir la propia vocación se ha transmitido y tenderá a permanecer e influir en la vida. Pero, ¿qué es lo que entendemos por modelo formativo?

|

2. Naturaleza del modelo formativo

Podríamos decir que el modelo formativo, en nuestro caso, es un *conjunto teórico-práctico* que:- se inspira en un ideal antropológico y vocacional, en un modo de entender al hombre y la vocación,- aspira a un objetivo *final* ya objetivos intermedios estrechamente correspondientes a ese ideal,- adopta particulares estrategias *pedagógicas*, con instrumentos apropiados, en función de los objetivos por alcanzar,³

- señala los signos personales *y de comportamiento* que permiten valorar la consecución del objetivo

2

.De aquí se siguen otras dos consecuencias:

Primera. Así definido, el modelo formativo debería corresponder a una elección de campo precisa, que todo educador debería hacer en términos muy explícitos;

los componentes de este modelo son demasiado relevantes. De hecho, no siempre es así; es más, puede que no sea raro el caso del educador que adopta un modelo formativo sin siquiera confesarse a sí mismo su decisión, o bien con escasa conciencia de lo que hace y por qué lo hace de ese modo, o sin dedicar mucho tiempo a pensarlo (tal vez al no considerarlo muy importante); a lo mejor simplemente lo copia de otro o lo hereda de algún predecesor; sin por ello advertir siquiera las consecuencias e implicaciones de cierta opción pedagógica, ni poner en relación sus intervenciones educativas, estilo operativo, opciones pedagógicas... de manera lineal y coherente, dejando sin atender alguno de los componentes constitutivos del modelo mismo (o el punto de partida antropológico, o el objetivo que pretende lograr, o el itinerario pedagógico que parece más idóneo...) y aplicando de forma rígida el método. Para, al final, convertir en débil y confusa la propuesta educativa. No obstante, la verdad es que cualquier educador debe saber que en todos los casos adopta un modelo formativo, sea consciente o no, conozca o no el modelo escogido. Estando así las cosas, y es la segunda consecuencia, tratar de los modelos formativos no puede ser algo que toque únicamente a los ambientes de (primera) formación a quien obra directamente en la misma, como formador o como joven en formación, sino absolutamente a todos, y en particular a quien está entrando decididamente en la óptica de la formación permanente y quiere saber cómo adquirir cada vez más esa disponibilidad emprendedora e inteligente, ágil e ingeniosa que hace crecer con la vida y gracias a la vida, o cómo librarse de ciertas rigideces personales características que impiden cualquier crecimiento, ante Dios y ante los hombres.